

La Navidad en la Escuela



Suplemento del "Boletín de la Inspección de Enseñanza Primaria de Baleares"

Diciembre de 1951



R. 6389



La Navidad en la Escuela

Suplemento del "Boletín de la Inspección de Enseñanza Primaria de Baleares"

Sumario

La Navidad en la escuela	1
El mundo al advenimiento de Jesucristo	2
Virgen y Madre.	12
Folklore navideño	15
Pequeña antología poética de Navidad	19
Tríptico de Jesús Niño	24
Apuntes esquemáticos para ayudar a la construcción de un Nacimiento	27
Una lección para nuestras escuelas: El nacimiento del Señor	32

La Navidad en la Escuela

por JOSÉ BLAT GIMENO
Inspector-Jefe de Enseñanza Primaria



DEDICADO, íntegramente, a la conmemoración de la Navidad en la Escuela, y con fidelidad a nuestro propósito de proporcionar al Magisterio balear elementos que faciliten y completen su trabajo, les entregamos hoy este suplemento del «Boletín». La feliz acogida que obtuvo el publicado anteriormente, con motivo del Centenario de los

Reyes Católicos, nos anima a proseguir por este camino. De otra parte, en el ciclo de conmemoraciones escolares no encontraremos otra que justifique mejor esta dedicación ni que pueda arraigar con mayor solidez en el alma infantil.

El tema de Navidad es el más bello entre todos y el mensaje del Divino Niño de perenne actualidad. Días pasados nos transmitía la prensa el propósito y la consigna de la Komiform para tratar de eliminar la conmemoración navideña en las naciones comunistas. Que esta medida es de un acierto satánico es evidente y ante ella hemos de reaccionar temerosamente, no sólo para grabar en nuestros niños el significado de estas fechas, sino para que pidan celosamente al Cielo que no deje de llegar a los otros niños, de allende el telón de acero, el mensaje de paz y de hermandad que entraña el acontecimiento de Belén.

La tradición navideña no puede perderse. Cuando llegan estas fechas parece que se obra el milagro de un mayor entendimiento entre los hombres; se socorre al necesitado, se hace verdadera vida de hogar, se viven con intensidad y fervor los actos religiosos y, en una palabra, los hombres se hacen mejores porque quizá, como en la frase evangélica, se hacen más niños.

No puede perderse la tradición ni podemos desaprovechar el tesoro educativo que supone una conmemoración viva y ferviente de la Navidad. El tema está rodeado de encanto, de poesía, de belleza y encierra en sí todos los motivos necesarios para impresionar indeleblemente el alma infantil. Y los Maestros saben muy bien cómo han de tratarlo: Interesante es que conozca el niño el momento histórico, el escenario, los detalles todos, pero además, ha de conseguir que se asocien al Nacimiento, como los ángeles y los pastores, y que canten villancicos, reciten poesías y construyan Belenes.

Para que reúna todas estas condiciones la conmemoración, un grupo abnegado de colaboradores ha redactado las siguientes páginas que ofrecemos con las mejores esperanzas a todas las Escuelas de Baleares. Y sólo celebrando adecuadamente estas conmemoraciones, considerando el fin supremo de la educación, puede decirse con justicia que el Maestro adquiere la excelsa categoría de colaborador en el plan divino de la Redención.

EL MUNDO AL ADVENIMIENTO DE JESUCRISTO

por ÁLVARO SANTAMARÍA ARÁNDEZ

EL nacimiento de Jesús en Belén de Judea, la predicación de su divina doctrina y finalmente su muerte en la cruz, constituyen indudablemente los acontecimientos más trascendentales no ya de la historia de la religión, sino también de la historia de la cultura y por tanto de la historia de la humanidad. Y ello no sólo desde el punto de vista cristiano, pues incluso los historiadores racionalistas reconocen la formidable trascendencia del hecho. En la actualidad las doctrinas de los que, ofuscados por sus prejuicios formativos, intentaban reducir la personalidad de Jesús a la categoría de mito no son defendidas

por ningún autor serio. Los Evangelios son testimonios históricos de una personalidad que ha vivido efectivamente, y que, por su vida, su doctrina y su muerte produjo la más fuerte impresión entre sus contemporáneos. El racionalismo discute todavía el origen milagroso del Cristianismo por medio de la Revelación, pero no niega ni la personalidad de Jesús ni la realidad de sus doctrinas.

Y el nacimiento vino a producirse en un momento crucial del mundo antiguo. Seguidamente fijaremos con brevedad la situación del ecúmene y la significación que en la historia de la cultura representa este trascendental acontecimiento.



I. El apogeo de la Roma Imperial

CONFORME anunciaban las profecías del pueblo hebreo, llegó por fin «la plenitud de los tiempos» y con ellos el ansiado Mesías. Se trataba de Jesús de Nazareth, de la familia de David. Entonces el mundo era Roma y el Mediterráneo, el «Mare Nostrum», un lago romano.

Más allá de las fronteras —el famoso «limes» romano— del Imperio sólo existía barbarie. Roma era el mundo por excelencia. Y el proceso que Roma había seguido para convertirse de humilde ciudad, «la ciudad de saludables colinas» —la definía Cicerón— rodeada de pesti-

lentes campos», en dominadora de pueblos, constituye el caso más fulgurante de expansión de la historia del mundo y el más imponente despliegue de energías de todos los tiempos.

Es admirable la forma cómo Roma forjó su imperio. Al principio no era otra cosa que una de tantas miserables aldeas levantadas en la llanura de Lacio. Una de tantas y no precisamente la más fuerte. Estaba bien emplazada sobre el Tíber, dominando el vado que conducía al país de los etruscos, y su situación, a poco más de veinte kilómetros del mar, ofrecía condiciones favorables para su desarrollo; pero, al mismo tiempo, los terrenos pantanosos que la rodeaban, poco aptos para la agricultura y devastados por la fiebre malarial, significaban un obstáculo casi insuperable. La vida del primitivo romano fué de una dureza obsesionante. Su lucha por la vida era encarnizada. Lucha contra el medio hostil, contra la enfermedad, contra el hambre y contra vecinos mucho más poderosos. Era una lucha por la supervivencia. Pero estas circunstancias adversas forjaron su temple, práctico y tenaz, y le prepararon para la realización de grandes empresas. El romano tuvo que ser sobrio, porque la tierra no daba para más, y mantener el espíritu tenso, en vigilia permanente, en constante inquietud porque sólo así podía sobrevivir.

Pero el milagro se produjo. Mil años antes de que naciera Cristo Roma era sólo una aldea: la aldea de Germal, junto al Palatino. Y su progreso fué lento. Tuvieron que pasar doscientos años para que uniéndose a otras aldeas constituyera

la Liga del Septimontium, es decir, de las siete colinas, porque dichas aldeas estaban levantadas sobre siete pequeños montes. Entonces, en verdad, Roma todavía no existía porque el Septimontium no constituía una ciudad, sino una federación de aldeas. La ciudad propiamente dicha no surge hasta fines del siglo VII antes de Jesús, y son gentes no latinas, los etruscos, los que al conquistar las aldeas y al reunir las en un núcleo urbanizado y fortificado dan vida a la naciente agrupación y le dan el nombre que debía eternizarla: *Roma*. Roma, que iniciaba entonces su destino histórico.

La pequeña ciudad creció con el tiempo en forma desmesurada. Cuando en el año 509 a. de J., logra sacudir el yugo de sus fundadores, los etruscos, era ya un núcleo potente. Y años después su territorio se engrandecía a costa de Veyes, la poderosa fortaleza etrusca. Por entonces (309), contaba con una extensión territorial de 2 200 kilómetros cuadrados. Y su crecimiento continuó incesante. Fué un guerrear permanente, pero altamente provechoso. Alba-longa, la ciudad que diera vida a la pequeña aldea Germal, fué vencida y la confederación latina que acaudillaba tuvo que reconocer el señorío romano. Y Roma sumó nuevos territorios; su autoridad se extendía ya sobre más de 6.000 kilómetros. Y más tarde los samnitas, que habitaban las agrestes montañas de Puglia y dominaban la fértil comarca de Campania, al sur del Lacio, tuvieron que reconocer su predominio. Fué una guerra terrible, en la que Roma alcanzó la victoria únicamente a costa de inmensos esfuerzos. Y seguidamente

otra campaña de vida o muerte. Esta vez se trataba de una coalición general de los pueblos de Italia temerosos de su hegemonía. Pero de nuevo Roma venció y su victoria en Sentinum (294) era la consagración de su predominio en la península itálica. Mas quedaba todavía mucho por hacer; había que dominar el sur de la península, la llamada Magna Grecia, en donde las colonias griegas orgullosas de su espléndida tradición forjaron un poderoso foco de expansión de la clara mentalidad helénica. Para ellas Roma sólo era una advenediza, una advenediza engréida e ignorante. Y no dejaban de tener razón desde su punto de vista. Roma tuvo que preocuparse demasiado en su lucha: primero por la supervivencia y después por el predominio, para que le quedara el tiempo necesario de forjar una cultura. Ella sólo contaba con un tenso pasado de luchas, mas disponía de una fe inmensa en el futuro. Las ciudades griegas, por el contrario, se sentían orgullosas de su magnífica ejecutoria y de sus geniales pensadores y poetas. Pero la victoria tenían que decidirla las armas y no las letras, y por ello la victoria fué de Roma. Para nada sirvió que Pirro, el valeroso rey del Epiro, terciara en la contienda con su ejército de elefantes. Era un gran guerrero y sus triunfos fueron repetidos. Heraclea, Ausculum y Benevento, son victorias tuyas, pero victorias que nada decidían, porque Roma, fiel a su espíritu de combate, tornaba siempre al palenque. Y Pirro, que conseguía triunfos pero que jamás lograba la victoria final, desesperado, retornó imbatido a sus tierras de Epiro. La suerte estaba echada. No

restaba ningún poder en Italia capaz de impedir la hegemonía romana. Las ciudades griegas de la Magna Grecia fueron sometidas. *Roma había conquistado Italia.*

Y tras la conquista de Italia, Roma siguió inflexiblemente sus fulgurantes destinos. No tuvo ni ocasión ni deseos de dormir sobre los laureles logrados. Porque otro peligro acechaba amenazador: Cartago, una ciudad de mercaderes y marinos que, mientras Roma conquistaba Italia, había logrado forjar un poderoso Imperio marítimo, y desde sus bases de Sicilia, Córcega y Cerdeña bloqueaba las rutas de expansión de la joven república romana. Y de nuevo Roma tuvo que luchar por su existencia con el mismo ímpetu y con la misma saña que sus más trágicas coyunturas. Pues de golpe todo parecía amenazar ruina. Aníbal, uno de los más geniales guerreros de la historia, llegó a acampar con sus huestes en el corazón de Italia. Y en el Tesino, en el Trebia, en el Trasimeno y en Cannas, logró victorias aplastantes. Roma, vencida y acorralada, parecía empeñada en una lucha imposible. Pero otra vez el milagro se produjo. Fué su hora mejor: la hora de Zama, la aurora del Imperio. En Zama, el genio de Aníbal fué impotente para detener la avalancha romana. Publio Cornelio Escipión giraba los goznes del destino y en una sola batalla asentaba las bases del poderoso Imperio de Roma. Porque Zama, en verdad, era eso, la promesa de un Imperio que iba a nacer, del más poderoso de los imperios que viera hasta entonces la historia.

Después de Zama todo fué relativamente fácil. La cuenca occiden-

tal del Mediterráneo cayó bajo el yugo de Roma. Suyas eran las bases insulares, tuyas también las fachadas marítimas ibéricas y francas y asimismo los centros neurálgicos del litoral norteafricano. Un espléndido botín. Más difícil fué la penetración continental. Sólo para domeñar a nuestra Iberia —la Iberia que los romanos convirtieron en Hispania— Roma necesitó más de doscientos años de luchas casi sin cuartel; pero no en balde eran los celtíberos, según testimonio de los mismos historiadores de Roma, los más formidables guerreros del mundo de entonces. Mas la cuenca occidental mediterránea no era suficiente para la ambición romana. Y ello por muchos motivos. Los pueblos de Oriente, con sus antiquísimas civilizaciones, ejercían una atracción irresistible sobre la mentalidad del romano. No era simplemente el ansia de botín, ni la sed de gloria; el Oriente helenístico era la cultura, era la herencia de culturas seculares, es decir, precisamente, lo que Roma no tenía y lo que más ansiaba poseer. Roma, conquistadora de pueblos, no había tenido capacidad ni humor para formarse una cultura original y las monarquías del mundo mediterráneo oriental se la ofrecían casi intacta; todo iba a quedar reducido a una labor de mera adaptación al genio romano. Por lo demás la ocasión para intervenir no podía ser más propicia. Grecia estaba hundida en contiendas civiles; el Egipto ptolomaico se encontraba en plena pos-

tración. Y ni Pérgamo, ni Siria, ni Macedonia podían ofrecer una resistencia eficaz. Lo que fuera Imperio de Alejandro era ahora un mosaico de Estado en lucha endémica entre sí. La labor de Roma debía quedar reducida a ir batiéndolos separadamente. Y en ocasiones ni siquiera fué necesario batirlos. El mundo helenístico cayó como fruta madura. Y Roma amplió su imperio desmesuradamente. Eran precisamente los tiempos en que Jesús iba a nacer en Belén de Judea.

La Roma imperial alcanzaba su apogeo. Llegaban la plenitud de los tiempos. Y con la plenitud la paz: «la pax Augusta», después de cinco siglos de guerras exteriores y agotadoras contiendas civiles. Octavio Augusto, vencedor en Actium de Marco Antonio, regresó triunfalmente a Roma y con toda solemnidad clausuró las puertas del templo de Jano, unas puertas que sólo se cerraban en tiempo de paz. Y hacía más de doscientos años que no se habían cerrado. El mundo se preparaba para recibir al que tenía que ser su Redentor. Horacio cantaba el esplendor romano durante la impresionante fiesta secular con que Augusto, en el año 17 antes de Jesucristo, consagraba una nueva era universal, con el himno que decía:

*Alto sol proteges y contemplas a tu Roma:
No has visto nunca ni nunca verás mayor grandeza.*

Y sin embargo...



II. La crisis del mundo pagano

... **S**IN embargo, Roma entonces no era más que una brillante fachada, todavía poderosísima pero carcomida por los vicios y la podredumbre que tenían que provocar su hundimiento. En la Roma imperial, una población internacional de trabajadores y de ociosos convertía la ciudad en un microcosmos del imperio universal y de su abigarrado enjambre de pueblos. «No animada por los propios ciudadanos, sino animada por la hez del mundo», llama a Roma un poeta de la época de Nerón. La dominación del mundo, ganada por los aldeanos romanos itálicos, abrió las exclusas del Oriente e Italia se vió inundada por esclavos de todos aquellos países. Por un triste sino del destino la Roma vencedora se encadenaba al embrujo oriental y no sólo en el sentido cultural, sino en una entrega que iba a terminar con su sangre y con su alma. Este proceso de descomposición se encontraba en plena marcha a principios de la época imperial. Y es de tal interés, que bien merece que lo maticemos brevemente en sus rasgos fundamentales.

La descomposición, la crisis era general, pero miraba en particular a los aspectos que vamos a mencionar.

1. *Crisis de la población.* La terrible borrasca de las guerras y en particular de las guerras civiles había significado para Roma una formidable sangría. Eran numerosos los que sucumbieron en los campos de batalla. Se contaban por cientos

de miles y por millones. Y a ello había que unir la trágica secuela: los destierros y las sangrientas hornadas de los enemigos políticos vencidos. La nobleza senatorial y ecuestre fué diezmada sin piedad. El Imperio se encontraba ante el problema de la despoblación. No se trataba de carencia de hombres, ya que la cuestión no se planteaba desde un punto de vista numérico. Roma contaba en su Imperio con más de ochenta millones de habitantes. Era una cuestión de calidad y no de cantidad. La organización imperial exigía la existencia de una compacta estructura de ciudadanos romanos encuadrados por una aristocracia vigorosa. Mas precisamente sobre esa aristocracia desde el doble punto de vista humano y material habían dejado sentir todo su peso las guerras civiles del último siglo. Además, los supervivientes estaban minados por un germen mortal: la extensión del celibato y la crisis del matrimonio. Quinto Cecilio Metelo había llegado a proclamar la obligatoriedad del matrimonio, y Augusto planteó la cuestión en el terreno legislativo, y la ley *Papia Poppaea* imponía sanciones a los célibes y ofrecía primas suplementarias a los matrimonios fecundos; y la ley *Julia de adulterii* daba al adulterio la condición de delito público. Cualquier ciudadano en defecto de los interesados podía perseguir a la mujer adúltera ante los tribunales de lo criminal. Convicta y confesa, la acusada era desterrada a una isla lejana y se le confiscaba parcialmente su fortuna; se le prohibía

contraer un nuevo matrimonio legítimo y tenía que llevar en lo sucesivo el vestido de las cortesanas. Mas todo quedó reducido a nada.

2. *Crisis de la moral.* El mismo Augusto, que con tanta decisión intentaba luchar contra los vicios que iban hundiendo a la sociedad romana, por una cruel ironía del destino, tuvo que hacer frente al problema de la despoblación. No se trataba de carencia de hombres, ya que la cuestión no se planteaba desde un punto de vista numérico. Roma contaba en su Imperio con más de ochenta millones de habitantes. Era una cuestión de calidad y no de cantidad. La organización imperial exigía la existencia de una compacta estructura de ciudadanos romanos encuadrados por una aristocracia vigorosa. Mas precisamente sobre esa aristocracia desde el doble punto de vista humano y material habían dejado sentir todo su peso las guerras civiles del último siglo. Además, los supervivientes estaban minados por un germen mortal: la extensión del celibato y la crisis del matrimonio. Quinto Cecilio Metelo había llegado a proclamar la obligatoriedad del matrimonio, y Augusto planteó la cuestión en el terreno legislativo, y la ley *Papia Poppaea* imponía sanciones a los célibes y ofrecía primas suplementarias a los matrimonios fecundos; y la ley *Julia de adulterii* daba al adulterio la condición de delito público. Cualquier ciudadano en defecto de los interesados podía perseguir a la mujer adúltera ante los tribunales de lo criminal. Convicta y confesa, la acusada era desterrada a una isla lejana y se le confiscaba parcialmente su fortuna; se le prohibía

3. *Crisis de la sociedad.* En verdad Roma era impotente para reaccionar, pues sucedía que la clase

medular de la sociedad romana, la paciente, la industriosa, la virtuosa clase media, es decir, la clase que había forjado el Imperio se encontraba en trance de total liquidación, desintegrada entre dos fuerzas opuestas. Por una parte una minoría ínfima de gentes inmensamente ricas, comerciantes y banqueros, que habían reunido fabulosas fortunas especulando durante el período de guerras civiles e imperiales. Gentes omnipotentes que sabían que todo en Roma tenía su precio. Individuos que utilizaban su dinero como medio seguro de corrupción. Y por la otra parte una muchedumbre de gentes desesperadas. Estuvieron en las guerras, se arruinaron durante las mismas al tener que abandonar sus ocupaciones habituales, e incluso tuvieron que empeñar sus campos para adquirir su equipo militar. Y al regreso encontráronse con que no poseían nada. Y además habían perdido sus virtudes de trabajo. Era necio pensar en volver al trabajo. Convenía más vivir a costa del erario público. El Estado, el emperador, distribuiría víveres y organizaría espectáculos en el circo y en el anfiteatro. Para trabajar estaban los esclavos, cada vez más numerosos. Y el trabajador libre no podía competir con ellos. Escipión Emiliano lanzó de un solo golpe al mercado público más de 35.000 siervos cartagineses. Los nobles ciudadanos los poseían en sus casas y en sus dominios por millares. Había esclavos para todos los servicios. La clase media se volatilizó entre esas dos fuerzas antagónicas.

4. *Crisis de la economía.* Roma sometió a su Imperio a una explotación sin precedentes. La riqueza fué

estimulada en todos los aspectos. Y de los más lejanos territorios afluían ingentes medios para mantener la formidable estructura imperial. Roma vivía y dejaba vivir. Las provincias prosperaban. Aumentaban por doquier los índices de la producción agrícola, industrial y minera. El Imperio se cubría de una red maravillosa de rutas, «las vías romanas». Pero llegó un momento en que todo ello no fué suficiente para el mantenimiento de la molición y del lujo imperial. Y entonces sobrevino la crisis económica. El mismo Augusto tuvo que hacer frente a agudos apuros. Marco Aurelio, para proveer a los gastos de la guerra contra los marcomanos, se vió obligado a vender, en pública subasta, parte del tesoro imperial. Los impuestos se recaudaban con dificultad creciente. Y la inmoralidad administrativa se extendía como mal epidémico. Una sed insaciable de riquezas atormentaba a los rapaces funcionarios. Y la moneda legal, el aureus, caía en el abismo de la depreciación, como consecuencia de dos fenómenos paralelos: la disminución del peso y la alteración de la ley. Su peso descendió desde 780 gramos, en tiempo de Augusto, a 655 gramos, con Caracalla. Y lo mismo le ocurrió al denario de plata. Eran los signos evidentes de la crisis profunda de las finanzas.

5. *Crisis de las religiones.* Los anteriores fenómenos se vieron acompañados por una crisis de las religiones. En verdad el romano jamás se distinguió por su espiritualidad. Era un hombre práctico para el que la religión no representaba otra cosa que un conjunto de medios

que tendían a lograr el favor de los dioses. En cierto modo era un intercambio de servicios: el fiel ofrecía sacrificios a los dioses y éstos en compensación le concedían su benevolencia. En definitiva una especie de frío contrato de auxilio mutuo. Además el romano mostró siempre una admirable facultad de adaptación. En su panteón cabían todos los dioses. Cuando Roma conquistaba un país se apresuraba a adoptar sus divinidades. No les concedía, claro está, el mismo rango que a sus grandes dioses, pero permitía que sus ciudadanos les rindieran culto. Y llegó un momento en que Roma contaba más de 30.000 dioses, tantos que un romano comentaba jocosamente que en Roma era más fácil encontrar un dios que un hombre. Mas esta abundancia tenía que producir fatalmente un ambiente de escepticismo y de impiedad. En el fondo el romano de la época imperial no creía en nada. Fué en vano que Augusto se esforzara en dar ejemplo de piedad. Predicaba en el desierto. Pero había algo más grave. Tras los cultos extranjeros penetró en Roma la superstición oriental, y el romano, por herencia etrusca, se sentía inclinado hacia todo género de ciencias ocultas. Y la superstición fué asimilada en sus peores formas. Desde el siglo I, poco a poco, fueron volcándose en Roma todos los cultos de Siria y Egipto, reclutando en la urbe una multitud de partidarios, pese a todas las prohibiciones. Mientras tanto las antiguas formas del culto romano perdían cada vez más su contenido propio y parecían toscas y primitivas. Así las bases espirituales del orden dominante quedaron deshechas.

Y éstos eran, a grandes rasgos, los jalones por los que Roma iba desliziándose hacia un fatal destino, y precisamente en este am-

biente se produce la eclosión de la doctrina que si no iba a salvar a Roma sí que venía a redimir a la humanidad.



III. La savia innovadora de Cristo

DURANTE el reinado de Augusto nació Jesús de Nazareth. Los profetas habían anunciado su nacimiento para un momento crucial de la historia del mundo, de un mundo oprimido por la dominación romana. El panteón de los dioses paganos estaba en plena descomposición y el hombre tenía planteados problemas que la ciencia no estaba en disposición de resolver. Indudablemente las culturas orientales, la griega, la helenística romana habían cumplido su misión. Los espíritus selectos sentían la necesidad de nuevas ideas. Y de pronto surge el Cristianismo como consuelo para todos los dolientes, como norte para todos los que buscaban una directiva y como punto de partida en la evolución de los pueblos hacia una cultura superior. Esta savia innovadora que en el decrepito mundo antiguo debía sonar con tonalidad revolucionaria es la que traía Cristo, el Hijo de Dios en carne mortal por un milagro de su augusto Padre.

Y Jesús se dirigió a todos los hombres y en particular a los humildes, a los dolientes, a los pobres de espíritu que podían recibir mejor el bálsamo de sus doctrinas. Y en un mundo encenegado en el fango de los egoísmos y de los odios repercutieron sus palabras de amor y de paz, de perdón de las ofensas y de cariño sin límites hacia los semejantes. Eran palabras extrañas, incomprendibles en una sociedad montada sobre la base de privilegios y desigualdades. Y durante tres años de intensa predicación, Jesucristo expuso en Judea sus ideas a todos los hombres de buena voluntad, hasta que en máximo holocausto muere en la cruz. Cristo había sido sacrificado, pero su doctrina germinaba. Los Apóstoles, pescadores y artesanos en su mayor parte, continuaron la obra de propagación del Cristianismo anunciando la buena nueva de la venida del Mesías prometido, enviado a la tierra para salvar a la humanidad. Y a ellos pronto se unió,

tocado de la Gracia divina, uno de los perseguidores más encarnizados, Pablo de Tarso. Y la predicación prosigue más allá de las fronteras de Palestina. En Asia Menor, Africa, la India, Grecia, Italia, en todo el mundo romano y aun fuera de sus fronteras, la predicación de los Apóstoles y de sus discípulos logra una rápida difusión del Cristianismo. Y en todas las clases sociales encuentra apasionados seguidores. «Ayer —dice un autor de la época— apenas éramos nadie y hoy formamos legiones».

Esta rápida difusión encuentra su explicación, a parte de la Gracia divina, en las revolucionarias soluciones que llevaba en sí la doctrina de Cristo. Era un nuevo planteamiento de los problemas del mundo y del más allá que el hombre de la antigüedad jamás había concebido. Ideas sencillas pero que transtornaban el orden de vida hasta entonces conocido. En síntesis podemos esbozarlas en la forma siguiente:

1. *Universalidad de la doctrina de Cristo.* La idea cristiana establecía sólo una verdad, sólo una ley, sólo un Dios. Un Dios para todos los hombres sin distinción de razas, ni de clases, ni de naciones. El creador y director del mundo no podía ser un Dios exclusivo de los judíos, de los griegos o de los romanos; era un Dios que gobernaba sobre todos los pueblos y en todos los tiempos. Dios había de ser el único soberano sobre la tierra y las estrellas, sobre el universo entero, puesto que en El se halla la omnipotencia, la omnisciencia, la eternidad y la creación.

2. *Igualdad esencial en el género humano.* Hermandad entre los hombres cualquiera que fuera su posición en la sociedad. Tan digno era el esclavo tratado por la sociedad pagana como ser inmundo, como cosa material que podía venderse, como el mismo emperador. Todos por igual son hijos de Dios. Todos responderán ante El.

3. *Carácter transitorio del mundo terrenal.* La vida concebida hasta entonces como un fin, quedaba de pronto reducida a la categoría de simple medio, a mero valle de lágrimas. El fin del hombre es exclusivamente su salvación. En la vida del siglo sólo cabe la preparación para la muerte, para una muerte que no sabemos cuándo puede sobrevenir, pues, como dice San Marcos, «El día y la hora no lo sabe nadie». Por ello la salvación del alma se constituía de pronto en el problema central de toda la vida humana: «¿De qué le serviría al hombre ganar el mundo entero, si viniese a menoscabar su alma!».

4. *Separación entre la política y la religión.* Las ideas cristianas proclamaban el enorme absurdo de la divinización del emperador. «Dad al César —dijo Jesús— lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». El emperador era el Jefe del Estado y como a tal sus súbditos debían prestarle obediencia, pero nada más. La religión no podía depender del Estado, ni mucho menos estarle supeditada. Sobre las conciencias sólo Dios podía reinar.

5. *Amor, paz y sobre todo caridad como normas básicas de conducta.* Las antiguas culturas orientales apenas habían podido superar el despotismo y sólo en determinados momentos y en la concepción griega se encuentran horizontes puramente humanos. Pero estas concepciones, en el mundo romano, quedaron reducidas a meras antelequias. Allí predominaba con carácter exclusivo el egoísmo. Y Cristo predicaba el perdón y el amor y la caridad: «Ama a tu prójimo como a ti mismo». Y no sólo había que amar al prójimo, era necesario amar a los enemigos y perdonar las injurias, y practicar la humildad y la pureza y el desprecio de las riquezas.

El mundo oficial romano era incapaz de comprender las insignes verdades de la doctrina cristiana. La plebe ululante que asistía a los espectáculos del circo y del anfiteatro, con el alma anquilosada por los servicios, mostraba una instintiva extrañeza ante afirmaciones que no

entendía. Y los cristianos fueron objeto de toda suerte de acusaciones y calumnias. A ellos, que predicaban el amor, se les trató como a enemigos del género humano. Y mientras practicaban el perdón se les acusaba de prácticas criminales. Y pronto vinieron las persecuciones y sufrieron el martirio. Pero el progreso del Cristianismo continuó incesante. Se acrecentaba el número de fieles y encontraba seguidores incluso en las más altas clases de la sociedad, hasta tal extremo que, tres siglos después del nacimiento de Jesús, el Cristianismo era una verdadera potencia en todo el Imperio. Por ello, el emperador Constantino, siguiendo inspiraciones divinas, en el Edicto de Milán (313) proclamó la libertad de cultos. Después Juliano el Apóstata intentó restaurar el paganismo, mas la hora del triunfo había sonado para los cristianos y el Teodosio, el gran emperador hispano, declaró al Cristianismo religión oficial.

Palma, diciembre de 1951.



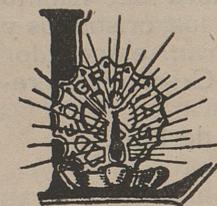
VIRGEN Y MADRE

por M.^a CONSUELO MORENO TORTAJADA
Inspectora de Enseñanza Primaria



... encontraron al Niño
con su Madre María.

(San Mateo, 2)



Los Profetas ya lo habían anunciado por todas las encrucijadas de la historia de Israel... Y ocurrió que en el año setecientos cincuenta y dos de la fundación de Roma, una vez en par todo el orbe, decretó César Augusto un empadronamiento general para saber las fuerzas de su Imperio. Por todos los caminos se movilizan apresurados los súbditos y los herrajes de las cabalgaduras dejan sus huellas por doquier.

María, la Virgen llena de gracia, y José su esposo, emprenden la ruta hacia Belén desde su casita de Nazareth. Son cuatro días a través de los montes llanuras de Samaria y Judea, azotados por el viento del Líbano, lastimados los pies por la aspereza del camino. Y en un atardecer divisan, en el horizonte, la ciudad de David, la pequeña Belén que robose de gente venida de todos los rincones de Palestina.

Buscan albergue. Se han detenido delante del Khan, un edificio con un gran patio donde se amontonan las caballerizas, mientras sus dueños mezclan la algarabía de sus gritos por los soportales. José, preocupado por María, ya en espera del Hijo, busca un cobijo; pero no hay lugar para ellos. Por fin... marchan

hacia una gruta que les han indicado, abierta en la montaña. Es un establo, una choza pobre y oscura. Pero María lleva dentro una gran ilusión. El Niño que lleva en sus entrañas es obra del Espíritu Santo, el Hijo de Dios que ha de ocupar el trono de David.

Durante nueve meses ha preparado su venida, ha aceptado todos los sacrificios y luego ha seguido a José sintiéndose guiada por las rutas proféticas de la Sagrada Escritura.

Y ahora, en medio del silencio y el frío de la noche, la ilusión florece y aparece el Niño Dios, el más hermoso entre los hijos de los hombres, cual un clavel de luz desprendido del seno de la Aurora como muy bien cantará más tarde uno de nuestros poetas.

La choza seguía siendo pobre y oscura, pero el amor lo llenaba todo, pues entre el Cielo y la Tierra como vértice de unión está María ofreciéndonos a Jesús en la indecible dulzura de la primera Navidad. Es la donación más fecunda que pueden los hombres recibir. Nos da al Hijo y se nos ofrece como Madre.

Ella comprendió, al dar su «fiat» al mensaje del Angel, que su maternidad alcanzaría su más alta perfección en el alumbramiento de Cristo todo entero; de Jesús Cabeza del Cuerpo Místico y de todos nosotros como miembros suyos, Pío X nos dice: «En el seno de su purísima Madre tomó Jesucristo, no solamente una carne mortal, sino también un cuerpo espiritual, formado de todos aquellos que creerían en él. De modo que se puede decir que María, llevando en su seno al Salvador, llevaba también a todos aquellos cuya vida estaba encerrada en la del Redentor. Por lo tanto, todos nosotros en cuanto que estamos incorporados con Jesucristo, hemos nacido del seno de María... De un modo espiritual y místico, pero verdadero, somos llamados hijos de María y ella es nuestra Madre». («Ad quem illum» 2 de febrero 1904).

Gloriosa maternidad espiritual que resplandece como un don en la cueva de Belén junto a Jesús recién nacido. El corazón femenino de María, que durante nueve meses había palpitado al unísono con el corazón divino de su Hijo, adquirió aquel temple de Madre, capaz de dar en holocausto a Jesús, entre sacrificios y dolores, por alumbrar la eterna vida de la gracia en los hombres. María ejerce su maternidad divina con Jesús y también desde entonces una maternidad de Gracia en nuestro provecho.

En el pesebre guarda a Jesús y lo presenta a los pastores y los magos; en el templo lo ofrece por nosotros; en el Calvario asiste a su Hijo y le inmola por nuestra salvación. Su poder material se extiende a la Iglesia entera. Con su corazón y su amor activo forma el Cuerpo Místico. Jesús es el primero de sus hijos. Vela por la Iglesia naciente y ayuda para que Jesús se extienda y desarrolle

a las almas. Distribuye la vida, siempre oculta a su acción, precediendo a Jesús y acompañándole.

*
* *

Al celebrar de nuevo la Navidad, aparece ante nosotras, mujeres y educadoras, la figura de María nimbada de dulzura y Gracia, Mujer por excelencia en su papel de Madre. Y nos muestra su camino magnífico para nuestra tarea docente sembrado de sacrificios generosos y de un gozo de profunda maternidad espiritual.

¿Quién podrá resistir la influencia benéfica de una mujer, dos veces madre, por cristiana y educadora?

Amor, sacrificio, alegría, han de tejer el misterio de la Navidad en nuestras Escuelas para que nazca el Niño Dios en todos los corazones infantiles y permanezca en ellos para siempre.

Comunicar la vida del espíritu y ayudar al crecimiento de Jesús en los corazones, es la misión más excelsa porque en ella va envuelto el alumbramiento gozoso de la vida eterna.



Folklore navideño

por MIGUEL BRIÓN

Introducción

Fué San Telesforo quien estableció en el siglo II las fiestas de la Natividad del Señor, que, movibles en un principio, fueron declaradas fijas en el siglo IV por el papa Julio I, tomándose como fecha definitiva la noche del 24 al 25 de diciembre.

A partir del siglo VIII tomaron un esplendor extraordinario, y de aquellos tiempos datan los cánticos o villancicos, piadosas representaciones, diálogos y dramatizaciones en las que indefectiblemente intervienen la Sagrada Familia, los pastores a veces acompañados de perros y rebaños, e incluso los animales del pesebre.

Costumbres navideñas en el orbe cristiano

Francia.—Un pastor, seguido de nutrido cortejo de zagales de ambos sexos, llevaba un cordero a la iglesia, en procesión y entre alegres cánticos, donde era bendecido. Este cordero era devuelto al rebaño y moría de vejez, siendo objeto, durante su vida, de especiales cuidados. Tres niños vestidos a la usanza oriental, simbolizando a los Reyes Magos, recorrían las calles del pueblo pidiendo limosna para los pobres, en nombre del Niño Jesús.

En la Provenza, se reunía la familia para celebrar la Nochebuena. La cena consistía en coliflor y bacalao y turrón. El niño más pequeño bendecía la mesa, simbolizando a Jesús recién nacido.

Bélgica.—Brujas ha conservado la tradición de los villancicos que se cantan durante toda la noche del 24 por las calles, y que son los mismos que se entonaban en la edad media. Los pobres piden, cantando, «un poco de leña para el hermanito que acaba de nacer», y nadie es capaz de negarse a tal petición.

Inglaterra.—Los niños suelen reunirse para ir de casa en casa cantando el alegre

«The merry, merry time!
Bless the merry, merry Christmas time».

En la cena no falta el solomillo ni el «porritge», «pudding» y oca asada. Una costumbre típica es la de poner en una copa pasas y almendras que se cubren con agua y aguardiente al que se prende fuego. La diversión estriba en sacar, sin quemarse, las pasas y almendras.

Es también general costumbre inglesa la del leño de Navidad, con infinidad de supersticiones, sobre todo en Escocia. Así, si al arder el

leño entra en la habitación un cojo, bizco o descalzo, es de muy mal augurio.

Países escandinavos.—La comida escandinava en estas fiestas consiste en jamón, arroz caliente con leche fría, «vortbrod», pan amasado con cerveza, y bacalao hervido durante tres días en agua con ceniza y cal y sazonado con pimienta y mostaza.

En tal día se hacen obsequios que se esconden entre ramilletes de flores o en una caja de heno. A veces se echan furtivamente por la ventana, envueltos en una enorme cantidad de fajas de papel, para estimular la curiosidad.

En Noruega se ofrece una comida a los pájaros. Hasta las gentes más modestas destinan una gavilla de trigo a los voraces pajarillos, que en bandadas y entre ensordecedores chillidos se agitan en torno del poste que sostiene la gavilla, hasta hacer desaparecer el grano en unos instantes, ya que en esa época la nieve cubre el suelo y están ferozmente hambrientos.

Rusia.—También se practica la costumbre de ocultar las joyas en cajas llenas de paja. El «árbol de Navidad», extendido por toda Europa y llevado a América, goza en los países eslavos de mucha tradición. Es colocado en el salón principal de la casa, lleno de luces, y de sus ramas penden frutas, bombones, paquetes y flores. A las jóvenes recién casadas se les suele enviar una jaula de la cual, al abrirla, escapa una pareja de palomas blancas.

El pueblo prepara las solemnidades religiosas con el pan bendito por el pope, ayunando hasta que aparece la estrella de la tarde, espe-

rada con gran ansiedad, pues desde este momento empieza el regocijo general.

Alemania.—Oriundo del país germano es el villancico conocido en todos los pueblos del Norte, popularizado y traducido a todos los idiomas y cuya versión inglesa es el «Silent Night». No hay familia que no lo cante en Nochebuena, y es tan dulce y armoniosa su melodía, que no es extraño que se haya introducido en todos los países tomando en ellos carta de naturaleza.

Dos personajes legendarios hacen las delicias o llenan de pavor en estos días a los niños alemanes. «Chriskindel», que les traerá dulces y juguetes, si son buenos; y Nicolás el Velludo, que se los llevará si son desobedientes.

Todos esperan ansiosos, rodeando el árbol. De pronto, suena una alegre campanilla y aparece Chriskindel, vestido de blanco, la cara enharinada y una corona de oro. En una mano lleva una campanilla, en la otra, una cesta de bombones. Pero entonces aparece el diabólico Nicolás, vestido de pieles y lleno de hierros y cadenas, que con vozarrón terrible busca a los niños malos. Menos mal que los padres intervienen, implorando perdón, con la promesa de una conducta futura inmejorable, y sólo así consiente el diablo en largarse por donde vino.

Holanda.—San Nicolás, llegado de España, viene cargado de juguetes para los niños buenos. Esta costumbre nos recuerda el Papá Noel cargado de juguetes, que baja por la chimenea, y Santa Claus, de tanto predicamento sobre todo en los Estados Unidos y Sud América.

Navidad en Mallorca.—Cuando nuestro pueblo no había recibido aún el azote modernista y la «civilización» y el turismo no habían barrido el encanto peculiar de sus costumbres, con las primeras heladas del otoño llegaban a los hogares payeses los comentarios y proyectos sobre las fiestas navideñas que llevaban a aquellas sencillas gentes la alegría sana y tanta de sentirse buenos y en paz con los hombres y con Dios.

Al acercarse la noche esperada era traído y actividad en la casa: empieza, ir y venir de la despensa al horno y la cocina: tortas, nueces almendras, panes «de corriola», quesos de torró y «neules», mientras que los niños iban llegando cargados de musgo, «herba de Betlem», plantas para darle la última mano al nacimiento, ayudados del padre, que es quien tiene menos que hacer. Los chicos mayores o los gañanes encargan de traer un tronco enorme, «es tió de Nadal», que arde toda la Nochebuena; otros embarran ramas secas con resina (reinos) para alumbrarse cuando van a «Maitines»; otros transportan la para el horno o para chamuscar la pobre «porcella», que está en la pilla, mientras que las mujeres en la cocina no dan abasto a tan diversas actividades únicas en el año.

Y llega por fin la noche del 24 de diciembre. Toda la familia reunida hace el leño navideño hace realidad el viejo refrán: «Per a Nadal, cada pella al seu corral». Ya «pagaren la festa» la lechona y «s'indiot» y se percibe su sabroso olorillo mezclada con el de canela y especias por el ámbito de la casa.

Los jóvenes que «pollastretgen» hacen la gran ocasión para demos-

trar sus preferencias. Abandonan su hogar y piden venia al futuro suegro para pasar la velada jugando a inocentes juegos de naipes, y al serle propicia la suerte, depositan sus ganancias (unas almendras) frente a la muchacha de sus ensueños, que las retira ruborosa si el galán es de su agrado. Si fueran prometidos, él le traería un regalo más costoso, una alhaja, y ella correspondería con una «postada» de tortas, ensaimadas, eses o «coixins», que llevaría un «missatge» al atardecer del día de San Esteban, y que se comería el día de Año Nuevo, remitiendo una pieza de cada tres a la novia.

Cuando las campanas invitan alegremente a los feligreses, comienza el desfile. Iluminados por los «reïnots» van llegando al templo, que se halla profusamente iluminado y adornado. De las lámparas penden hostias y en la araña central penden varias enlazadas simbolizando el nombre de Belén (casa del pan) y las semanas y días que faltan para la Cuaresma. Cerca del presbiterio está un pesebre sin el Niño.

Terminado el canto de Maitines se entona el Tedeum y seguidamente empieza la fiesta de la Sibila, costumbre única en el mundo, si bien antiguamente se celebraba en algunas regiones españolas.

Sobre el púlpito está colgada una gran estrella dorada rodeada de una guirnalda de mirto. Salen de ella dos lazos de seda, una torta y varias «neules».

Mientras en el coro se entonan villancicos o unas Cantilenas y los Kyries, aparece escoltado por dos monaguillos con blandones encendido el niño «Sibiller», vestido a la manera oriental y con una reful-



gente espada entre sus manos. Se dirigen todos al púlpito y entre la expectación de todos y el silencio más absoluto empieza el canto que evoca el oráculo de Eritrea, profetizando con todo detalle el Juicio Final y la segunda venida de Cristo como juez. Termina con una súplica a la Virgen para que libre a todos del infierno. Terminado el canto, describe una gran cruz con la espada y en este momento repican las campanas, suelta el órgano toda su trompetería, mientras baja lentamente la Estrella de Navidad hasta quedar al nivel de la Sibila, en que sujeta por uno de los ministros es separada de un tajo la torta y las hostias símbolo de Jesús Pan. Al bajar se une al cortejo un grupo de payesitas que llevan sus cestos llenos de presentes. Todos se dirigen al pesebre en el que figura ya el Niño para adorarle y ofrecerle sus presentes: «Coca i neules», la espada, símbolo del Antiguo Testamento, el blandón de cera que representa a la

Iglesia y los cestos con frutas y turrone.

Entretanto el coro interpreta los villancicos más alegres.

Sigue después la Misa del gallo. En el Ofertorio el Párroco da la «buenas fiestas» al pueblo y una vez terminada todos vuelven a sus hogares entre gritos, cantos y algazaras.

En algunos pueblos, no hace mucho un siglo, después de las Cantinellas se predicaba el «Sermón de la Kalenda» a cargo de un niño de pocos años vestido de sacerdote. Corresponde esta costumbre a una tradición en la Península «llamada del Obispillo».

Lo más interesante del día de Navidad es ya de orden gastronómico: Arròs engrogat, porcella troçada, escaldums d'indiot, coques de bonys i de torrò, neules i bessons torrats, uva y melón, todo es rociado abundantemente con vino añejo. Al final, los jóvenes «apleguats mans» (besan las manos) y se brindan para «Quien nos ha unido aquí este día nos reúna también en la Gloria. Amén».

Estos son, en resumen, los rasgos que caracterizaban las fiestas navideñas de nuestros abuelos, bastante distintas, por cierto, de las nuestras demasiado influenciadas por modas extrañas y frívolas. Ya que podemos contra esas corrientes que van suprimiendo lentamente lo poco que nos resta, al menos soñemos en estos días con la humilde alegría de aquellas gentes que vivían felices en su sencillez y pensemos que quizá estuviera en lo cierto el poeta cuando afirmaba que «cualquier tiempo pasado fué mejor».



Pequeña antología poética de Navidad

por M. ROSSELLÓ SIMONET

I

NIÑO DEL CIELO

Alma dormida, despierta,
y escucha el dulce clamor;
porque esta noche el amor
ya ha echado un Niño a la puerta.
No es bastardo, aunque está al hielo,
ni pobre, aunque a puertas va,
ni huérfano como que está
rico su padre en el cielo;
y pues tu dicha es tan cierta,
estima mucho el favor,
pues esta noche el amor
te ha echado un niño a la puerta.
A puertas del corazón
el amor te le ha colgado,
visto el tiempo que has pasado
sin hijos de bendición;
a sus clamores despierta
y escucha el dulce clamor
porque esta noche el amor
te ha echado un niño a la puerta.

ALONSO DE LEDESMA

II

ROMANCE DEL NARANJEL

Camina la Virgen pura
de Egipto para Belén
en la borriquia mansa
que le compró San José;
lleva al Niño entre los brazos,
el Santo camina a pie.
En el medio del camino
el niño tenía sed.
-No pidas agua, mi vida,
no pidas agua, mi bien,

que los rios vienen turbios
y no se pueden beber.
Más arriba, en aquel alto,
hay un rico naranjel
y el hombre que lo guarda
es un ciego que no ve.
-Por Dios te pido, buen viejo,
así Dios te deje ver,
que me des una naranja,
que mi Niño tiene sed.
-Entre usted, señora, y coja
las que hubiere menester.
La Virgen, como prudente,
le cogió tan sólo tres.
Una se la dió a su Niño,
otra se la dió a José
y otra se quedó en la mano
para la Virgen oler.
El Niño, como era niño,
no cesaba de coger.
Por una que coge el Niño
cien vuelven a florecer.
Camina la Virgen pura
y el viejo comienza a ver.
-¿Quién ha sido esta señora
que me ha hecho tanto bien?
Me ha dado luz en los ojos
y en el corazón también.
Era la Virgen María
la que te ha venido a ver.

ANÓNIMO

III

PASTORES DE BELÉN

La niña a quien dijo el ángel
que estaba de gracia llena,
cuando de ser de Dios madre
le trujo tan altas nuevas,
ya le mira en un pesebre

llorando lágrimas tiernas
 que obligándose a ser hombre
 también se obligó a sus penas.
 — ¿Qué tenéis, dulce Jesús?
 le dice la niña bella,
 ¿tan presto sentís, mis ojos,
 el dolor de mi pobreza?
 Yo no tengo otros palacios
 en que recibiros pueda,
 sino mis brazos y pechos
 que os regalan y sustentan.
 No puedo más, amor mío,
 porque si yo más pudiera,
 vos sabéis que vuestros cielos
 envidiaran mi riqueza ».

El niño recién nacido
 no mueve la pura lengua,
 aunque es la sabiduría
 de su eterno Padre inmensa;
 mas revelándole el alma
 de la Virgen la respuesta,
 cubrió de sueño en sus brazos
 blandamente sus estrellas.

Ella entonces, desatando
 la voz regalada y tierna,
 así tuvo a su armonía
 la de los cielos suspensa:

«Pues andáis en las palmas,
 ángeles santos,
 que se duerme mi niño,
 tened los ramos.

»Palmas de Belén,
 que mueven airados
 los furiosos vientos
 que suenan tanto:
 no le hagáis ruido,
 corred más paso,
 que se duerme mi niño,
 tened los ramos.

»El niño divino,
 que está cansado
 de llorar en la tierra
 por su descanso,
 sosegar quiere un poco
 del tierno llanto.
 Que se duerme mi niño
 tened los ramos.

»Rigurosos hielos
 le están cercando;
 ya veis que no tengo
 con qué guardarlo.

Angeles divinos
 que vais volando,
 que se duerme mi niño,
 tened los ramos.

LOPE DE VEGA

IV

LA MADRE DONCELLA

(Juego de pastores ante el portal de Belén)

UNA PASTORA
 Erase que sea,
 ¡que enhorabuena sea!
 érase que sea,
 una Madre Doncella.

UN PASTOR
 Erase María.

TODOS
 Erase que sea.

UN PASTOR
 Más que el cielo pura.

TODOS
 Erase que sea.

UN PASTOR
 Vence tu hermosura.

TODOS
 Erase que sea.

UN PASTOR
 Al más claro día
 con su luz febea.

TODOS
 Erase que sea,
 ¡que enhorabuena sea!

UN PASTOR
 Erase una rosa.

TODOS
 ¡Que enhorabuena sea!

UN PASTOR
 Del sacro vergel.

TODOS
 ¡Que enhorabuena sea!

UN PASTOR
 Y érase un clavel.

TODOS
 ¡Que enhorabuena sea!

UN PASTOR
 Que el alma llorosa
 en su pecho vea.

TODOS
 ¡Que enhorabuena sea!
 Erase que sea,
 una Madre Doncella.

UN PASTOR
 Erase la aurora.

TODOS
 Una Madre Doncella.

UN PASTOR
 De cuyo arbol.

TODOS
 Una Madre Doncella.

UN PASTOR
 Se ha vestido el sol.

TODOS
 Una Madre Doncella.

UN PASTOR
 Y el rocío que llora
 le coge una estrella.

TODOS
 Una Madre Doncella.
 Erase que sea,
 ¡que enhorabuena sea!
 una Madre Doncella.

COSME GÓMEZ TEJADA DE LOS REYES

V

CLAVEL DE LA AURORA

Caído se le ha un clavel
 hoy a la Aurora del seno;
 ¡qué glorioso que está el heno,
 porque ha caído sobre él!
 Cuando el silencio tenía
 todas las cosas del suelo

y coronada de hielo
 reinaba la noche fría,
 en medio la monarquía
 de tiniebla tan cruel,
 caído se le ha un clavel.

De un solo clavel ceñida
 la Virgen, Aurora bella,
 al mundo le dió, y ella
 quedó cual antes, florida.
 A la púrpura caída
 siempre fué el heno fiel;
 caído se le ha un clavel.

El heno, pues que fué dino,
 a pesar de tantas nieves,
 de ver en sus brazos leves
 este rosicler divino,
 para su lecho fué lino,
 oro para su dosel:
 caído se le ha un clavel.

LUIS DE GÓNGORA

VI

LOS LOBOS HUYEN DEL CORDERO

UN PASTOR
 ¡Hola, aho, pastores
 del humilde valle,
 que esmeraldas visten,
 guarnecen cristales!

CORO DE PASTORES
 ¡Hola, pastorcico,
 que los cielos guarden!

UN PASTOR
 Entre cedros altos
 y peñascos graves,
 ¿sabéis que un Cordero
 esta noche nace,
 blanco más que nieve
 que el invierno esparce?

CORO DE PASTORES
 ¿Quién ha visto, pastores,
 prodigios tales,
 que el león prometido,
 cordero nace?

UN PASTOR
 El ganado, seguro,
 vive en el valle,
 que es cordero valiente,
 león afable.

CORO DE PASTORES

*Si es león tan fuerte,
¿quién podrá esperarle?
Pues su voz humilla
cielos, tierra y mares.*

UN PASTOR

*También es cordero
del Eterno Padre,
que pecados quita
con su misma sangre.
Dejaré los riscos,
viviré en los valles,
que este león cordero
los hace iguales.
Al imperio suyo,
los cetros reales
postren obediencias,
rindan majestades.*

CORO DE PASTORES

*¿Quién ha visto, pastores,
prodigios tales,
que el león prometido,
cordero nace?*

COSME GÓMEZ TEJADA DE LOS REYES

VII

PASTORCICO NUEVO...

*Pastorcico nuevo,
de color de azor,
bueno sois, vida mía,
para labrador.
Pastor de la oveja
que buscáis perdida,
y ya reducida
viles pastos deja,
aunque vuelta abeja
pace nuestras flores,
si sembráis amores
y cogéis mejor,
bueno sois, vida mía,
para labrador.*

TIRSO DE MOLINA

VIII

VILLANCICO AL NIÑO JESÚS
RECIÉN NACIDO

*Soles claros son
tus ojuelos bellos,
oro los cabellos,
fuego el corazón.
Rayos celestiales
echan tus mejillas,
son tus lagrimillas
perlas orientales,
tus labios corales,
tu llanto es canción,
oro los cabellos,
fuego el corazón.*

JUAN DÍAZ RIVERA

IX

EL CANTO DE LA VIRGEN

*La Virgen María
penaba y sufría...
Jesús no quería
dejarse acostar...
—¿No quieres?
—No quiero.
Cantaba un jilguero,
sabía a romero
y a luna el cantar.
La Virgen María
probó, si podría
del son que venía
la gracia copiar.
María cantaba,
Jesús la escuchaba,
José que aserraba
dejó de aserrar...
La Virgen María
cantaba y reía,
Jesús se dormía
de oírle cantar.
Tan bien se ha dormido
que, el día venido,
inútil ha sido
gritarle y llamar...
Y... entrado ya el día
como él aun dormía,
para despertarle
¡la Virgen María
tuvo que llorar!*

EDUARDO MARQUEN

X

VILLANCICO DE DIOS EN LOS CABOS

*Suenan atambores, suenan, suenan, suenan.
Gaitas, chirimías, cuernos y vihuelas.*

*— Dígame, Rey mago,
quién le trajo aquí.
— De mi torre pina
estrella que vi.*

*— ¿Y a ti, pastorcillo,
quién te lo anunciaba?
— Por mis soledades
un Ángel pasaba...*

*Escribas cerraron
puertas y ventanas.
Huyen mercaderes
de visiones vanas.*

*Para calar pronto
si viene el Señor,
cúdate de ser Mago
si no eres pastor.*

*¡Oigan los señores, oigan, oigan, oigan!
Dios está en los cabos; los cabos se tocan.*

EUGENIO D'ORS





TRÍPTICO DE JESÚS NIÑO

por J. BUSQUETS

I

Entre todas las noches de lostiempos, es la noche de la Gran Maravilla. Ha llegado ya la hora del cumplimiento de todas las profecías mesiánicas. El ambiente todo de Judea palpita con inquietudes de promesas y de esperanzas. La soberbia del Aguila Romana, con sus garras hundidas en el Tíber, extiende la sombra imperial de sus alas desde el Eufrates al Atlántico, desde las Galias al desierto africano. Y es la humilde ciudad de Beth-Lehem —etimológicamente, «tierra del pan»— la antigua Efratá, el escenario elegido por Dios para el celestial prodigio. San Lucas sólo menciona el pesebre. Pero el pesebre supone el establo, que solía habilitarse en las cuevas abiertas en las colinas calcáreas de los alrededores. En aquel establo, y en aquel pesebre —¡oh arcano sin fondo de los divinos designios!— reposa sobre unas pajas la rosa de carnes recién nacidas del Dios Infante, traslúcidas de divinidad, transfigurando el ambiente y envolviendo en aureola de éxtasis los rostros de María y de José.

La segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Dios Creador del Universo, ha velado su poder y su gloria para limitar sus apariencias en el cuerpo tierno de un niño. El Dios recién llegado a la tierra, que pudo llegar a ella entre el pasmo de los hombres con fulgores de majestad y terrores de deífico poderío, tiene por cuna un pesebre, por palacio un establo, por telarañas por colgaduras, y por primeros compañeros a la humilde María, al carpintero José, a unos errantes pastores, a unas bestias y rebaños...

Es la primera gran lección del Dios-Hombre a la humanidad desorientada: humildad. Humildad y paz. Rasgando la noche profunda de Oriente, entre el chisporroteo de las estrellas, llega el Angel con el mensaje de amor: «¡Paz en la tierra...!» El Niño-Dios no habla todavía. Pero su embajada de paz y dulzura ha unido ya su acento al tintineo de las esquilas de los rebaños que transcurren con sus pastores por las vecinas parameras.



II

El Niño-Dios ha ido creciendo y, con El, la magnífica lección de la humildad. Tan sólo el silencio en torno a su niñez. Ha sido una vida oculta, callada, sin alardes ni singularidades. Su hora no había llegado todavía. Tan sólo una vez se hace un resquicio de luz sobre su vida.

Cada año, por la Pascua, los buenos judíos dejaban sus residencias para congregarse bajo los pórticos del Templo de Jerusalén, y asistir a las ceremonias en honor de Jehová. Aunque las mujeres estaban excluidas de tal obligación, las casadas solían acompañar a sus esposos. Los niños, hasta los trece años, no tenían necesidad de acudir al Templo. No obstante, se toleraba que lo hicieran los que fueran capaces de subir las gradas del lugar santo, cogidos de las manos de sus padres.

Como fieles observantes de la Ley, José y María se agregaron a uno de los muchos grupos que se dirigían a Jerusalén para celebrar la Pascua. Y con ellos partió también Jesús, que contaba doce años.

Llega el último día, 22 de Nisán. Regresan a sus puntos de origen las caravanas. De pronto, José y María se dan cuenta de que su hijo no está entre los de su grupo. Se inquietan e indagan, recorriendo los otros grupos de romeros,

hasta llegar de nuevo a Jerusalén. Al tercer día de infructuosas pesquisas, le encuentran en el Templo. ¡Escena inolvidable aquélla! Bajo los peristilos, entre las columnas de mármol y de jaspe, Jesús aparece rodeado de escribas y doctores de blancas barbas y flotantes filacterias pregoneras de su dignidad. Todos le escuchan absortos y maravillados. Jesús parece no hacer mucho caso de la presencia de sus padres, ausente su profunda mirada en misteriosas lejanías...

María y José se acercan tímidamente: «Hijo mío, ¿por qué has hecho esto con nosotros?». No es la reprensión desabrida de unos padres indignados, sino la queja amorosa de quienes tienen el pecho oprimido por la ansiedad y la congoja.

La contestación de Jesús les deja mudos y pensativos. No aciertan a replicar: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabéis que debo ocuparme en las cosas de mi Padre?».

Sí; lo sabían. Aquel Niño que María concibió del Espíritu Santo, había descendido de las alturas para hacer la Voluntad del Padre Celestial. Y José y María se sienten anonadados ante aquella primera manifestación de la misión sobrenatural de Jesús.



III

«Después bajó con ellos a Nazareth y estaba sujeto a ellos. Y Jesús crecía en sabiduría, edad y gracia, delante de Dios y de los hombres».

En Nazareth establecióse la Sagrada Familia, cumpliéndose la profecía de Isaías: «Brotará un tallo del tronco de José y de su raíz florecerá un brote». Este brote —neser en hebreo— es la raíz etimológica de Nazareth. Y en esta aldea humilde, entre las blancas casitas de Endor y Caná de Séforis y Jafa, que parecían bandadas de albas palomas posadas en las estribaciones y arboledas de los montes Hermón y Tabor, transcurrió la niñez de Jesús.

Fué la de los tres una vida sencilla, laboriosa y santa. María hilaba, cosía, lavaba, molía el grano para el pan cotidiano, iba a la fuente del pueblo a llenar el cántaro... José se afanaba en sus tareas de carpintero, ayudado por el hijo amoroso y obediente, que iba y venía entre maderos y herramientas, con su rostro aureolado por sedosa y blonda cabellera y del que parecía irradiar una misteriosa luz de divinidad.

Jesús, conocido por todos como «el hijo del carpintero», era el modelo perfecto de la sumisión, del cariño y de la dulzura filiales. Infancia extraordinaria la de Jesús, precisamente porque nada tuvo de extraordinaria y aparatosa como algunos evangelistas apócrifos pretenden. Lo sobrenatural, lo realmente prodigioso está en el milagro de esa ocultación del poder y gloria de Dios en la oscura sencillez de una vida de niño. Y de niño pobre, trabajador y sumiso.

¡Cuántas veces debió sumirse Jesús en profundas y trascendentes meditaciones, mientras paseaba absorto entre los añosos olivos, los verdes naranjos, higueras y granados del vecino valle! Una sombra de dolor empañaría tal vez la pureza nacarina de su frente. Y es que allá, en la silueta de los montes recortada sobre el horizonte, adivinaría la de otro monte que un día le serviría de mortal estrado, y en cuya cima se extendían, esperándole ya, los brazos de una Cruz...



APUNTES ESQUEMÁTICOS

para ayudar a la construcción de un Nacimiento

I. Fondo o celaje

a) FORMA.—Para dar la sensación de realidad, debe tener la forma de semicírculo. Nunca debe formar ángulos.

b) MATERIAL.—Puede ser de papel o de tela.

Clases de papel: 1, continuo, es decir, de rollo.

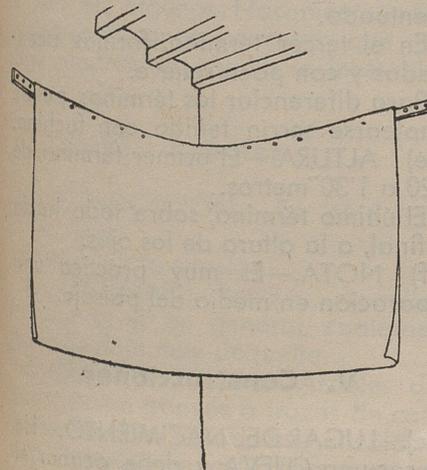
2. Pintado: se venden celajes con nubes blancas o con estrellas plateadas, pintadas.

Tela: debe reforzarse con una mano de cola de conejo y yeso de escultor. Luego debe pintarse del color que se quiera.

c) COLOCACIÓN.—Se debe colocar en primer término, antes que el resto del Nacimiento.

Debe clavarse empezando por el centro, y ha de quedar bien liso.

Colocación del celaje



Para matar las esquinas deben colocarse listones flexibles en forma de arco y sobre ellos clavar el celaje.

Si se trata de un Nacimiento pequeño puede utilizarse un aro de tonel.

d) PAISAJES PINTADOS.—No conviene que el celaje tenga paisajes pintados, porque: 1.º, es muy difícil que sirvan para años posteriores; 2.º, es muy difícil dar la sensación de realidad mezclando el relieve de los primeros términos con la pintura del fondo.

Es mejor pintar los paisajes sobre cartones, los cuales pueden cambiarse de sitio en Nacimientos de otros años. De todas formas tiene el 2.º inconveniente anotado.

e) DEFECTOS.—Es muy feo colocar bambalinas o techos de papel o de tela. Hay otras maneras de impedir que se vea el techo de la habitación.

II. Dimensiones

a) ESPACIO.—No es necesario que el Nacimiento sea muy grande.

Si tiene paisajes pintados puede ocupar un espacio reducido.

Si es un Nacimiento en relieve deberá ser mayor.

b) PROPORCIÓN.—Entre la anchura y la profundidad del espacio debe haber proporción. Lo mejor es que sea casi cuadrado. Si es demasiado profundo, el Nacimiento resulta encajonado.

III. Boca

a) PUNTO DE OBSERVACIÓN.—Es mejor un Nacimiento cerrado que completamente abierto.

En el NACIMIENTO CERRADO, obligamos al observador a mirar lo que nosotros queremos. Así podemos construir bellas perspectivas.

En el NACIMIENTO ABIERTO, es casi imposible que no falte la perspectiva.

b) ALTURA.—El nivel inferior, a la altura del paisaje.

El nivel superior, construido de tal modo que no deje ver el techo de la habitación.

c) REDUCCIÓN DE LOS PUNTOS DE OBSERVACIÓN.—Cuanto más pequeña sea la boca, mejor.

Puede reducirse el punto de observación con árboles de gran tamaño, columnas, arcos, edificios, etc., etc.

d) COLOCACIÓN.—Debe colocarse antes de componer el paisaje.

IV. Paisaje

a) PLANO.—Debe trazarse antes de empezar la construcción, para saber dónde colocar los llanos, montes, valles y sobre todo la CUEVA.

Mal procedimiento: construir lo que salga.

b) MATERIAL: CORCHO.—Trozos bien unidos, hierba, yeso, etc.

YESO.—1. Se prepara un molde con piedras, troncos, etc.

2. Se colocan encima trozos de arcilla embadurnada de pasta clara de yeso.

3. Se encola y pinta.

PAPEL.—1. Se prepara el molde.

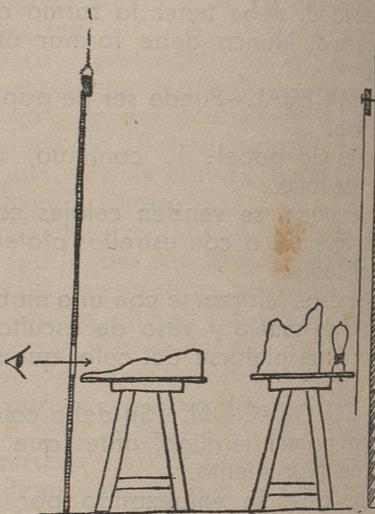
2. Se colocan tiras de papel embadurnado de almidón.

3. Se pinta.

c) RELACIÓN CON EL CELAJE.—Si está pintado, debe enlazarse con el relieve mediante una rampa de papeles pegados.

Si no está pintado el celaje, el relieve debe estar separado del mismo.

Colocación del paisaje.—Iluminación



d) PORMENORES.—El 1.º y el 2.º términos deben tener el relieve muy acentuado.

En el tercer término, formas acentuadas y con poco relieve.

Para diferenciar los términos puede emplearse serrín teñido con fuchina.

e) ALTURA.—El primer término, de 1'20 a 1'30 metros.

El último término, sobre todo hacia el final, a la altura de los ojos.

f) NOTA.—Es muy práctica una separación en medio del paisaje.

V. Construcciones

c) LUGAR DEL NACIMIENTO.—Ha de ser una CUEVA y debe ocupar el

sitio más importante. Es mejor construirla que comprar uno de estos artefactos en los que un mínimo de sentido común nos dice que debería derrumbarse.

d) CASAS.

1. ESTILO.—Debe haber una sola clase de construcciones.

2. PERSPECTIVA.—A medida que se alejan de la boca deben ser más pequeñas, y guardar relación con las figuras, árboles, etc.

3. ASENTAMIENTO.—Deben estar bien asentadas.

4. MATERIAL: YESO.—Se construyen planchas de yeso y con ellas las construcciones.

MADERA, CARTÓN.—Una vez construidas se embadurnan con yeso claro y luego se pintan.

CORCHO.—Se emplean planchas de corcho unidas con cola de carpintero.

5. DECORADO.—Se emplean cuchillos y espátulas.

6. PUEBLECITOS.—Se construyen con cartón o corcho.

7. RUINAS.—En tiempo de N. S. Jesucristo no había tantas ruinas como se ven en algunos Nacimientos. De colocarse algunas procurar que no haya piedras en equilibrio inestable.

VI. Arboles

a) COLOCACIÓN.—En el 1.º y 2.º términos.

En el 3.º, sólo siluetas.

b) MATERIAS.—Romero, tomillo, brezo, jara, y, en general, cualquier planta de hoja muy pequeña.

c) CONSTRUCCION.—Arboles de gran tamaño: troncos o trozos de corteza, unidos con yeso, papel encolado o simplemente con cola. Luego se les

colocan ramas de plantas de hoja pequeña.

Arboles viejos: para el tronco pueden usarse raíces de jara, troncos de vid nudosa.

Palmeras: troncos tiernos de pino y hojas de papel de seda o de tela verde. En el punto de unión del tronco y las hojas un poco de musgo seco y teñido de color oscuro.

Chumberas: semillas de calabaza unidas con alambres y teñidas.

Hierba: musgos y líquenes de diversos colores.

VII. Figuras

a) COLOCACIÓN.—En proporción con el paisaje y las construcciones, más bajas que los portales y que los árboles.

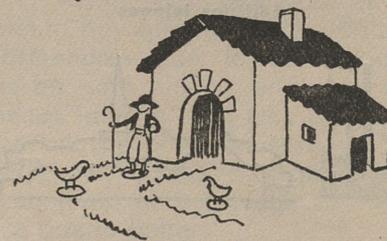
En 1.º término, grandes.

En 3.º término, pequeñísimas y pintadas con colores débiles.

Colocación de figuras

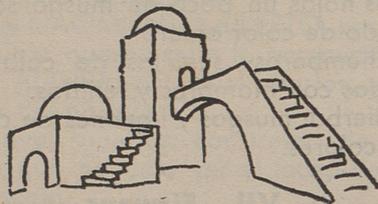


¡SI!



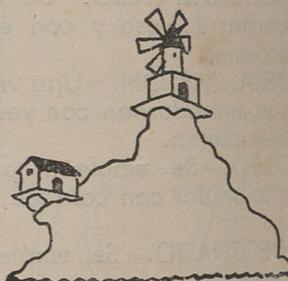
CONSTRUCCIONES

Construcción

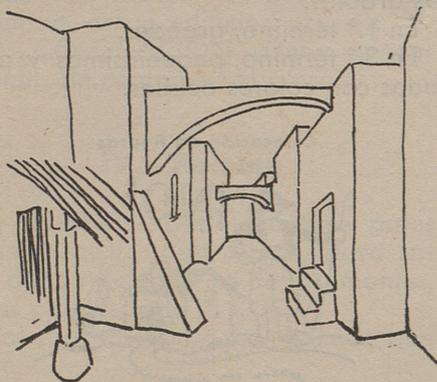


Colocación de construcción

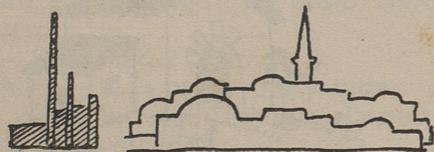
¡NO!



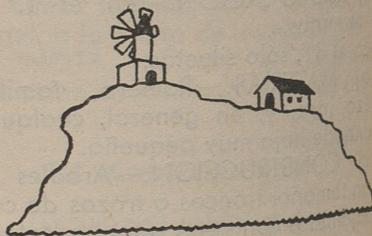
Perspectiva de calle



Edificios lejanos



¡SI!



- b) NUMERO.—Pocas y bien colocadas
- c) OCUPACIONES.— En invierno no trillan ni siegan.
De noche: No cavan ni labran.
- d) ESTILO.— De uno solo.
- e) PRECAUCIONES.— 1. Bien asentadas.
2. No debe haber ermitaños, sacerdotes, cazadores con escopetas, ni trenes, ni autos ni aviones.

VIII. Agua

- a) NATURAL.— Si no está bien canalizada es peligroso ponerla. Inunda la habitación y el Nacimiento.
- b) CANALIZACION.— Con plancha de plomo o con una canal hecha de tela metálica y yeso.
- c) IMITACION.— Pintada sobre un cartón y un vidrio encima.

IX. Iluminación

- a) DEL CONJUNTO.— Con luz cenital.
1.º término: Poca luz y aumentando hacia el horizonte: Esto se logra con pantallas y papeles de colores.
- b) DETRAS DEL RELIEVE.— Para evitar sombras sobre el celaje.
Y para imitar la salida del Sol (con un foco potente anaranjado que disminuye hasta llegar al blanco) o la luz de la Luna (con luces azules o verdes).
- c) TONALIDADES.— Con papeles de colores sobre lámparas o pintando éstas con barnices.
- d) SOMBRAS.— Todas en la misma dirección.

X. Colorido

- a) CONTRASTE DE COLOR.— El Nacimiento de un solo color es monó-

tono. Debe haber sitios oscuros en contraste con otros claros.

b) DIFERENCIACION DE TÉRMINOS.— 1.º término, colores fuertes y a medida que se va alejando el paisaje los colores deben ser más pálidos.

c) SOMBRAS.— Los sitios sombreados deben reforzarse pintándolos.

Las sombras deben seguir todas la misma dirección.

d) OBTENCION DE COLORES.— 1. Con hierbas de colores (el musgo puede colorearse con polvos de color diverso. Si está seco puede teñirse).

2. Con serrín de color (puede obtenerse mezclando serrín corriente con polvos de color o teñirlo con fuchina y dejarlo secar).

3. Con pintura (al óleo con aguarrás en abundancia para quitarle el brillo, o con pintura a base de cola clara y polvos de color).

NOTA.— Al pintar los materiales contruídos total o parcialmente con yeso, debe tenerse en cuenta que chupa mucho el color, por lo tanto deben darse tonos mucho más intensos de los que se desean.

e) ILUMINACION Y COLORIDO.— Es una buena precaución pintar el Nacimiento iluminado con la luz que debe tener, ya que la luz puede modificar el tono de la pintura.

Notas finales

1.º Una vez montado el Nacimiento hay que retocarle y dotarle de pormenores que le dan vida: una hierba, una piedra, una roca más o menos saliente, etc., etc., pueden vivificar mucho el Nacimiento.

2.º Por último, hay que examinar el conjunto para corregir los defectos que pueda haber.

EL NACIMIENTO DEL SEÑOR



- EL FIN** { **psicológico.**—Despertar o avivar la emoción religiosa y española de la Navidad.
instructivo.—Contribuir a la iluminación de la Fe, según el deseo de la Iglesia.
- EL MATERIAL** { El Nacimiento o «Betlem» escolar, en el que no ha de faltar ninguna de las esenciales escenas de la tradición «pesebrista».
Algunas láminas del Nacimiento en el Arte, entre ellas la de Murillo.
Algunos reflejos del Nacimiento en la Poesía (Lope de Vega, de la Encina, etc.).
Un repertorio de Villancicos.
Un gráfico de Palestina.
«Los Santos Evangelios» concordados, del Cardenal Gomá.
- EL DESARROLLO** { **introducción.**—Pulsar, en un diálogo vivo, las resonancias de la Navidad en el alma de los niños.
observaciones.—¿Quién es Jesucristo? «Es el Hijo de Dios, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, que se hizo hombre para redimirnos y darnos ejemplo de vida».
«Que se hizo hombre...».
explicación.—El relato evangélico:
«Generación eterna del Verbo» (Ioh. 1, 1-18).
«Genealogía de Jesús en cuanto hombre» (Lc. 3, 23-38).
«Anunciación de la Virgen y Encarnación del Verbo» (Lc. 1, 26-38).

«Nacimiento de Jesús» (Lc. 2, 1-7).
«El anuncio a los pastores» (Lc., 8-14).
«Adoración de los pastores» (Lc. 2, 15-20).
«Adoración de los Magos» (Mt. 2, 1-12).
(Lectura de los textos precedentes y de las notas explicativas en el libro del Cardenal Gomá).

Geografía del Nacimiento: Belén y su situación en Palestina.—Caracteres ambientales.

Escenografía histórica del Nacimiento: La unificación del Mundo por Roma como preparación del advenimiento del Mesías.—La espectación universal mesiánica.

La Navidad teológica: el ejemplo de humildad del Dios-Niño.

La Navidad litúrgica: los Maitines, la Sibila, la Misa del Gallo.

La Navidad en el Arte: (muestras pictóricas, escultóricas).

La Navidad en la Poesía: (muestras de los clásicos españoles).

La Navidad en la Música (villancicos).

Navidad, la fiesta que hermana a los hombres.—Las treguas de Navidad en las guerras.

Navidad, la fiesta de la familia cristiana: la cena de Nochebuena.

Navidad, la fiesta popular por excelencia: las felicitaciones navideñas; las ferias y mercados; los turrónes y los pavos.

La moderna paganización de la Navidad: sus remedios.

La extranjerización de la Navidad española: Papá Noël, Arbol de Noël, Santa Claus.

concreción.—Las tres Misas navideñas:

La primera, por el nacimiento temporal de Cristo.

La segunda, por el nacimiento de Cristo en el corazón de los hombres.

La tercera, por el nacimiento del Verbo en el seno del Padre.

Navidad o la Fiesta de la Alegría cristiana.

conclusión.—Señor Dios, ¿por qué no has de nacer todos los días?

La comprobación.—El control de la comunicación didáctica entre maestro y alumnos.

La aplicación

Inculcar la afición «pesebrista»: un sencillo concurso de «betlems» hogareños entre los niños.

Redacción de la felicitación navideña a los padres.

Canto de villancicos: uno mallorquín («Fum, fum...») y otro castellano, por lo menos.

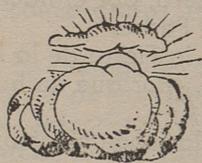
- Notas didácticas. 1.^o La emoción del maestro ha de ser la sustancia metodológica de esta lección.
- 2.^o Escenas esenciales de un Nacimiento:
Nacimiento y adoración de los pastores en la gruta de Belén.
— La «Anunciata»: el Angel anunciando la buena nueva a los pastores, que velan junto a los apriscos.
— Los Magos: su ida a Belén, en caballos o camellos, con cortejo, precedidos de la estrella.
— Panorama de la comarca, ya con historicidad, ya con simplicidad.
- 3.^o Figuras imprescindibles en un Nacimiento:
— Dios-Niño entre las pajas de un pesebre.
— La Virgen
— San José.
— La mula y el buey, en actitud de calentar al Nacido con su aliento.
— Angel volante, con la orlada cinta del «Gloria in excelsis Deo».

Un villancico de Lope de Vega

(De «Los locos por el Cielo»)

Temblando estaba de frío
el mayor fuego del cielo
y el que hizo el tiempo mismo
sujeto al rigor del tiempo.
¡Ay, niño tierno!
¿Cómo, si os quema amor, tembláis de hielo?

El que hizo con sus manos
los discordes elementos,
naciendo está, por el hombre
a la inclemencia sujeto.
¡Ay, niño tierno!
¿Cómo, si os quema amor, tembláis de hielo?



ESTILO INDIRECTO.

1.- El discurso indirecto (oratio obliqua) es aquella forma de discurso en la cual se refieren las palabras de alguno indirectamente, es decir, haciéndolas depender de un verbo de "decir, anunciar, responder, etc.",

César dijo que la suerte estaba echada (disc. indir.)
César dijo: la suerte está echada (disc. directo).

Los modos en el estilo indirecto.I- Oraciones principales.

2.- Presuponiendo que las oraciones principales se dividen en:

Enunciativas: El trabajo es un tesoro.

Volitivas : Sé bueno.

Interrogativas (dir.): ¿por qué vienes?

Damos las siguiente reglas: Las oraciones enunciativas pasan al Acusativo con Infinitivo. P. e.

D. directo: Antonius discessit; D. ind.: Is Antonium discessisse nuntiat.

D. dir.: Si hoc crederet, ; D. ind.: illi dixerunt eum, si erraret. ; hoc crederet, erraturum fuisse.

3.- Las Volitivas van a Subjuntivo ordinariamente sin ut las afirmativas, con ne las negativas.

D. dir.: Ne timueris, ; D. ind.: Antonius Attico scripstatimque ad me ; sit, ne timeret, statimque veni. ; ad se veniret.

4.- Las interrogativas (directas) que en discurso directo estaban en Subj. potencial o dubitativo, mantienen el modo Subj. en el disc. ind.

D. dir.: Quid faciam? ; D. ind.: Ille clamitabat: quid faceret?

5.- Las O. interrogativas que pueden resolverse en una or. volitiva, toman el Subj.

D. dir.: Quid tempus terimus? (= Ne teramus tempus); ; D. ind.: Vulsci clamabant: quid tempus tenerent? ; ¿Por qué perdemos tiempo?

